

# **TODOS LOS PECADORES SANGRAN**

**S. A. Cosby**

Traducción: Miguel Sanz Jiménez

MOTUS

## CONDADO DE CHARON

EL CONDADO DE CHARON SE fundó con el derramamiento de sangre y la oscuridad.

Literal y figuradamente.

Hasta el nombre está envuelto en las sombras y la morbosidad. Cuenta la leyenda que el condado se iba a llamar condado de Charlotte o de Charles, pero los ancianos del pueblo esperaron demasiado tiempo y esos nombres ya no estaban disponibles cuando se decidieron a registrar su asentamiento emergente. Según cuentan, siguieron bajando con el dedo por la lista de nombres hasta que se fijaron en Charon, Caronte en inglés. Esos hombres, ajados como el cuero blancuzco y con manos como hachas de leñadores, llamaron así a su pueblo nuevo sin reparar en la naturaleza macabra del nombre. O quizá les gustó el nombre porque había un río que fluía por el condado y desembocaba en la bahía de Chesapeake, como si fuera la laguna Estigia.

¿Quién sabe? ¿Quién sabe lo que pensaban esos hombres que murieron hace mucho tiempo?

Lo que sí se sabe es que, en 1805, un grupo de terratenientes blancos, descontentos con los límites de su propio destino manifiesto y al amparo de la noche, prendieron fuego

a la última aldea indígena que quedaba en la península con forma de lágrima que acabaría por convertirse en el condado de Charon.

A quienes escaparon de las llamas los abatieron los disparos de los mosquetes, sin reparar en su edad, género o dolencias. Fue la primera de las muchas tragedias de la historia de Charon. El canibalismo en el invierno de 1853. La epidemia de malaria de 1901. El envenenamiento del pícnic de las Hijas Unidas de la Confederación en 1935. El suicidio y el asesinato de la familia Danforth en 1957. Los baptistas ahogados de la carpa de los fanáticos de 1968 y muchos más. El suelo del condado de Charon, al igual que la mayoría de los pueblos y de los condados del Sur, quedó sembrado de generaciones de lágrimas. Todos los días de los Fundadores se celebraban la violencia y el caos en calidad de pilares del espíritu pionero en las plazas del condado de estos lugares,

Sangre y lágrimas. Violencia y caos. Amor y odio. Eran las piedras sobre las que se construyó el Sur. Eran los cimientos sobre los que se alzaba el condado de Charon.

La mayoría de los vecinos de Charon te dirían, si tenías la oportunidad de preguntar, que eran cosas del pasado y que ya se las había llevado el río del tiempo, que siempre fluye hacia el futuro. Igual hasta te dirían que había que olvidar esas cosas y dejarlas atrás.

Pero si le hubieras preguntado al *sheriff* Titus Crown, te habría dicho que cualquiera que pensara eso era un necio o un mentiroso. O ambos. Y si hubieras tenido la oportunidad de hablar con él después de aquel largo octubre, te habría dicho que quizá los cimientos de Charon eran fétidos, estaban podridos y consumidos por la corrupción... no solo la corrupción de la carne, sino también del alma. Que quizá las piedras sobre las que se construyó el Sur se movían y se partían como la roca que Moisés golpeó con el cayado, pero, en lugar de agua, de ellas solo manaban sangre y pus.

Podría haberse tocado las cicatrices de la cara o del pecho, distraído, y haberte mirado a los ojos para decirte con ese susurro áspero en el que se había convertido su voz:

—El Sur no cambia. Puedes intentar esconder el pasado, pero vuelve de formas mucho peores que antes. De formas espantosas.

Quizá suspirase, apartase la mirada y dijera:

—El Sur no cambia... solo los nombres, las fechas y las caras. Y a veces ni siquiera cambia eso, la verdad es que no. A veces son el mismo día y las mismas caras las que te esperan cuando cierras los ojos.

»Te esperan en la oscuridad...

# CAPÍTULO 1

TITUS SE DESPERTÓ CINCO MINUTOS antes de que la alarma sonara a las siete de la mañana y se preparó una taza de café en la cafetera Keurig que Darlene le había regalado la última Navidad. Cuando se la dio pensó que era un regalo caro para una relación de apenas cuatro meses. Ahora Titus tenía que admitir que era un excelente regalo y agradecía tenerlo.

Él le había obsequiado un frasco de perfume.

Estuvo a punto de avergonzarse al pensarlo. Si conocer a tu amante era una competición, Darlene se llevaba la medalla de oro. Titus no se clasificaba ni para la de bronce. Se había obligado a sí mismo durante los últimos diez meses a mejorar exponencialmente a la hora de hacerle regalos.

Titus dio un sorbo al café.

Su novia anterior le había dicho que era un novio genial, pero él no estaba tan seguro. No le rebatió la observación.

Dio otro sorbo.

Oyó cómo las escaleras crujían mientras su padre bajaba a la cocina. El lamento de la madera antigua los había metido en problemas a él y a Marquis más de un viernes de madrugada, hasta que Titus dejó de salir hasta tarde y Marquis dejó de volver a casa.

—Eh, prepárame uno de esos cafés estupendos de la máquina ya que estás ahí en calzoncillos —dijo Albert Crown.

Titus observó cómo su padre iba cojeando a la mesa de la cocina y se acomodaba en una de las sillas metálicas tapizadas con vinilo que harían las delicias de un diseñador de interiores hípster con una pasión esnob por lo retro. Había pasado un año desde que operaron a su padre de la cadera y Albert seguía caminando con una cautela contenida. Se negaba a usar bastón por cabezonería, pero Titus veía cómo retorció el rostro oscuro y suave hasta formar unos tensos nudos gordianos cuando venía una tormenta por la bahía o cuando las temperaturas empezaban a caer en picado como una plomada.

Albert Crown estuvo cuarenta años ganándose la vida en la bahía; arrastraba las trampas para los cangrejos seis días a la semana, catorce horas al día por las costas de la isla Piney, en barcos que pertenecían a gente que apenas lo consideraba humano. Sin seguro y sin cotizar nada, pero todos esos días de partirse el lomo y la frugalidad de la madre de Titus les habían permitido construirse una casa de tres habitaciones en la carretera Preach Neck. Eran la única familia, negra o blanca, que tenía una casa con cimientos de verdad. La envidia había superado la barrera de la raza y había unido a sus vecinos a medida que la casa se iba alzando en el bosque de casas móviles que los rodeaba, como una rosa entre las malas hierbas.

—Cuando nos jubilemos nos podemos sentar en el porche delantero en unas mecedoras a juego y saludar a Patsy Jones mientras pasa conduciendo y poniendo los ojos en blanco —le había dicho la madre de Titus, Helen, a su padre en la mesa de la cocina una noche, durante uno de los escasos fines de semana en que su padre no andaba por ahí, socializando en el Abrevadero o en el bar de Grace.

Titus puso una taza en la Keurig, metió una cápsula en el filtro y configuró el temporizador.

Pero, como muchas cosas en la vida, el plan de jubilación de su madre, cuidado y modesto, no pudo ser. Murió mucho antes de poder jubilarse de la fábrica de banderas Cunningham. Patsy Jones aún pasaba conduciendo y poniendo los ojos en blanco.

—¿Cuál has puesto? —preguntó Albert.

Abrió el periódico y empezó a recorrer las páginas con el dedo. Titus veía cómo movía los labios un poco. Su madre había sido la lectora más aventurera, pero no pasaba un día sin que su padre se leyera el periódico.

—Una de avellana. La única que te gusta —dijo Titus.

Albert rio entre dientes.

—No se lo digas a esa chica. Nos consiguió el paquete ahorro. Fue un detalle.

Se humedeció el dedo y pasó la página. De inmediato, se chupó los dientes y gruñó.

—Los rebeldes esos no paran nunca, ¿eh? Ahora van a montar un maldito desfile por la estatua. A esos muchachos los cabrea que por fin hayan tenido las agallas de decirles que el traidor asesino de su abuelo no valía ni una mierda —escupió Albert.

—Ricky Sours y los Hijos de la Confederación ya llevan las últimas dos semanas golpeando la puerta de mi despacho —dijo Titus y dio otro sorbo.

—¿Por qué? —le preguntó Albert.

—Quieren cerciorarse de que la jefatura del *sheriff* “va a cumplir con su obligación de controlar a las masas”, por si se presenta algún manifestante para quejarse. Ya sabes, como Ricky es blanco no soy justo con ellos por mi “herencia cultural” —dijo Titus.

No alzó la voz y habló con monotonía como le habían enseñado en el FBI, pero vio que su padre lo miraba por encima del periódico.

Albert negó con la cabeza.

—Ese Sours no le habría ido con esas a Ward Bennings. Hay que joderse, seguro que Ward hubiera desfilado con ellos y con la estrella en el pecho. “Herencia cultural”. ¡Mis pelotas! ¡Maldito hijo de puta! Se refiere a que eres un hombre negro y él es racista. ¡Ay, señor! Hijo, a veces no sé cómo los aguantas.

—Es fácil. Me imagino cómo el general Sherman les daba patadas en los dientes a sus abuelos, esos traidores asesinos. Así me calmo —dijo Titus.

Su voz seguía siendo monótona, pero Albert prorrumpió en carcajadas.

—Linwood Lassiter preguntó el viernes pasado en la tienda a uno de los muchachos del cartel en la camioneta por qué no le ponían una estatua a... ¿Cómo se llama ese? ¿El de los huevos? —preguntó Albert.

—¿Benedict Arnold? —sugirió Titus.

—Sí, que por qué no le ponían una estatua a ese, ya que tanto les gustan los hijos de puta de los traidores. El muchacho le dijo algo de la herencia y la historia, y Linwood dijo que vale, ¿y qué tal una estatua a Nat Turner? El joven se metió en la camioneta y se marchó quemando rueda y echando humo. Pero no le contestó —dijo Albert.

Titus entornó los ojos.

—¿Viste la matrícula? ¿Cómo era la camioneta?

—No, estábamos muy ocupados con las risas. Era igual que todas las camionetas que tienen los muchachos esos. Con la suspensión por las nubes y ni una pizca de polvo en la caja. A esas camionetas les pasa lo mismo que a los tipos que vienen a la bahía de finolis y en barcos enormes, que jamás pescan ni un solo pez. Convierten en juguetes las herramientas de los trabajadores —dijo Albert.

Titus se acabó el café. Enjuagó la taza y la dejó en la pila.

—No les importa Benedict Arnold, papá. No odiaba a la misma gente. Voy a vestirme. Trabajo hasta las nueve. En el refrigerador hay caldo de ternera del domingo —dijo Titus.

—Hijo, no soy tan viejo como para no poder prepararme la cena. De todas formas, ¿a ti quién te enseñó a cocinar? —le preguntó Albert.

Titus notó cómo una sonrisa tensa se le dibujaba en la cara.

—Tú.

“Pero no hasta que ya habíamos enterrado a mamá y por fin habías encontrado a Jesús”, pensó.

—¡Nos ha jodido! O sea, puede que me cene el guiso, pero aún puedo en la cocina —dijo Albert, guiñándole un ojo.

Titus negó con la cabeza y se dirigió a las escaleras.

—Igual compro unas ostras y podemos encender la vieja barbacoa el fin de semana. Así invitamos al torpe de tu hermano, que venga —agregó el padre, mientras Titus pisaba el primer peldaño.

Titus se puso rígido un instante antes de continuar subiendo las escaleras. Marquis no iba a ir allí ese fin de semana ni ningún otro. El hecho de que su padre aún se aferrase a la idea era, a la vez, deprimente y desesperante. Marquis trabajaba por libre en calidad de carpintero autodidacta. Vivía al otro lado del condado en el parque de caravanas Windy River, pero era como si estuviera en Nepal. Podían pasar meses sin verlo, aunque trabajaba cuando quería. En un lugar tan pequeño como el condado de Charon, era un logro dudoso.

Titus entró en su dormitorio y abrió el armario. La ropa de civil colgaba de las perchas de alambre a la izquierda. Los uniformes colgaban de perchas de madera a la derecha. No llamaba “prendas de civil” a la ropa común, pues daba a los uniformes un grado de militarización que no le gustaba. Esta ropa estaba combinada por colores y colgaba en orden alfabético: primero la azul, luego la negra, después la roja y así. Darlene le había comentado una vez que era el hombre más organizado que había conocido jamás. Tenía los zapatos ordenados de la misma manera. Kellie, su novia anterior, de la época que pasó en Indiana, solía reordenarle la ropa siempre

que se quedaba a pasar la noche. Le decía que lo hacía por su propio bien:

—Tengo que relajarte, Virginia. Estás muy tenso y un día vas a estallar. Intento ayudarte a mejorar la salud mental —le había dicho.

Titus pensó que le reordenaba la ropa porque sabía que él lo odiaba. Sabía que iban a discutir por ello y también sabía que acabarían haciendo las paces, con furia.

Se le escapó un suspiro.

Kellie era el pasado. Darlene era su presente. Y, a pesar de lo que decía Faulkner, esa parte de su vida se había acabado. Era mejor dejarla allí donde él la había dejado.

Empujó la ropa normal a la izquierda. Todos los uniformes quedaron a la derecha del armario. Todos eran del mismo color. Camisa marrón oscuro y pantalones de un marrón más claro, con una raya en el mismo tono más oscura que bajaba por las piernas. Tenía dos chalecos antibalas que colgaban del extremo derecho del armario. Dos pares de zapatos de cuero negro descansaban en el suelo. Un sombrero de tres picos de color marrón reposaba en un estante. Darlene lo llamaba el sombrero del “oso Smokey... porque tú eres mi oso grandote”, le dijo una noche mientras se apoyaba en su pecho. Los dedos de Darlene jugueteaban con la cicatriz del pecho de Titus como si fuera una pianista que tocaba una escala. La cicatriz era un regalo, por así decirlo, de Rojo DeCrain, un supremacista blanco, nacionalista cristiano, líder de una milicia y, durante siete minutos, aspirante a mártir.

Esos siete minutos habían cambiado la vida de todos. A Titus, a Rojo, a la mujer de Rojo y a sus tres hijos, a los que habían puesto chalecos bomba. El menor de los niños solo tenía siete años; el chaleco le quedaba ancho de hombros, como una sudadera prestada de uno de sus hermanos, y la cara se le quedó más blanca que una hoja de papel cuando quitó la anilla a la granada.

Y luego había...

—Ya basta —dijo en voz alta a nadie en particular.

Se frotó la cara con las dos manos. La metralla de las explosiones le había dejado esa quemadura con forma de interrogante en la barriga. Las cicatrices en el alma no eran visibles, pero tampoco menos horrendas.

Titus se puso el uniforme en un ritual que practicaba a menudo y lo calmaba. Primero se puso el chaleco y se lo abrochó. Luego tomó la camisa. Después una corbata marrón que colgaba, junto a sus dos hermanas, de un gancho en la cara interior de la puerta del armario. A continuación, se puso los pantalones y luego los zapatos. Fue a la mesita, abrió el cajón y sacó el cinturón de trabajo. Se lo abrochó con fuerza antes de tomar la llave y ponerse en cuclillas, con cuidado. En su condado no podían ver al *sheriff* con los pantalones arrugados. Un *sheriff* negro debía tener un par de pantalones extras en el despacho, solo por si acaso.

Sacó una caja metálica de debajo de la cama, la abrió y sacó su arma reglamentaria. El condado solo le pagaba una Smith and Wesson de nueve milímetros. Titus quería algo con más potencia de fuego. Había pagado la SIG Sauer P320 de su propio bolsillo. Era la misma arma de mano que usaba la policía estatal de Virginia. Comprobó el cargador y la recámara antes de enfundársela. Había dos pares de gafas de sol de espejo encima de la mesita. Titus tomó uno y lo deslizó al bolsillo de su camisa. La radio estaba junto a las gafas de sol. La recogió, se enganchó el transpondedor en el cinturón y el micrófono en el cuello de la camisa.

Por último, rebuscó en el cajón y sacó la placa. Se la puso en la camisa, encima del bolsillo izquierdo, y bajó las escaleras.

Albert seguía sentado, pero el periódico había desaparecido. Su lugar lo ocupaba un sobre con el nombre de Titus.

—¿Qué es eso? —le preguntó Titus, aunque estaba bastante seguro de que ya lo sabía.

—Ha pasado un año. El reverendo Jackson dijo el domingo pasado que era un milagro por el que dar gracias. ¿Quién iba a decir que, cuando un camión de leñadores atropelló a Ward Bennings, el primer *sheriff* negro del condado de Charon iba a ganar las elecciones? —dijo Albert.

Titus sostuvo el sobre. Lo abrió con la uña del pulgar. La parte delantera de la tarjeta mostraba a un pingüino gracioso que llevaba una horca demoníaca. La inscripción del interior de la tarjeta rezaba:

“Imagino que el infierno se ha congelado ¡porque los dos seguís juntos! ¡Feliz aniversario!”.

Titus enarcó las cejas.

—En Walmart no tenían tarjetas para decir que te sientes orgulloso de que tu hijo sea el primer *sheriff* negro que ha habido en el condado. Pero me siento orgulloso. Mi hijo ha vuelto a casa y está cambiando las cosas. No sabes lo que significa para la gente verte con ese uniforme, Titus. Si mamá estuviera aquí también estaría orgullosa —dijo Albert y se le fue quebrando la voz.

La madre de Titus había fallecido hacía veintitrés años y, aun así, con solo mencionarla a su padre se le seguía retorciendo el corazón, igual que cuando se escurre un paño.

“¿Estaría orgullosa si supiera lo que había pasado en el norte de Indiana, en el rancho de DeCrain? Lo dudo”, pensó Titus. “No, no creo que se sintiera orgullosa para nada”.

—No todos los vecinos se sienten orgullosos. Pero gracias por la tarjeta papá —dijo Titus.

—¿Lo dices por el tal Addison, de la iglesia de la Nueva Era? Puf, nadie le da importancia. Cree que Jesucristo va en tejanos azules.

Era el peor insulto que su padre, un baptista pentecostal que se ponía sus mejores galas todos los domingos, podía pronunciar para aludir al pastor con rastas de la Nueva Era.

—Hace una buena labor en esa iglesia, papá.

—¿A ese sitio lo llamas una iglesia? Suena igual que un garito de carretera cuando pasas conduciendo por allí —dijo Albert.

—¿Y tú no? Es igual, Jamal Addison no es la única persona que cree que soy un tío Tom —dijo Titus, con una sonrisa compungida.

—Bueno, el reverendo Jackson siempre predica sobre tener cuidado con los falsos profetas.

Titus pensó en la ironía, pero no dijo nada.

—¿Sabes qué? No estaría mal que vinieras a la iglesia de vez en cuando. Allí no hay nadie que crea que seas un maldito tío Tom —dijo Albert—. Solo digo que han trabajado mucho por ti.

La dimensión y la profundidad de la gratitud que le tenía a la iglesia baptista Emmanuel por cómo habían apoyado su campaña sorpresa era una conversación que su padre se empeñaba en tener y Titus se empeñaba en evitar. No era porque no se lo agradeciera. Era consciente de que fue el apoyo de congregaciones como Emmanuel lo que lo había propulsado a la jefatura del *sheriff*. Junto con una serie de *hippies* trasnochados y progres, y pueblerinos sureños que odiaban a Cooter, el hijo de Ward Bennings, más de lo que desconfiaban del ex jugador de fútbol y agente del FBI. Una extraña coalición que no volvería a unirse hasta dentro de una generación. La iglesia de su padre no era distinta. Sabía que el apoyo de la congregación de su padre conllevaba unas condiciones que no tenía ganas de cumplir. Aparte del hecho de que llevaba sin asistir a una ceremonia religiosa en la iglesia desde que tenía quince años. Había dejado de ir más o menos a la vez que su padre había empezado. Dos años después de que muriera su madre.

—Ya te avisaré, papá. Es la semana previa a la feria de otoño. Ya sabes que estoy ocupado —mintió Titus.

La feria de otoño era una mera excusa para que los

habitantes del condado de Charon se emborrachasen y bailaran por las calles antes de deslizarse a una esquina oscura del césped del juzgado para dar un beso empapado de whisky a una amante. A su amante o a la de otra persona.

Albert estaba a punto de seguir presionándolo cuando la radio de Titus crepitó y revivió.

—¡Responde Titus!

La voz de la radio era la de Cam Trowder, el operador de la centralita. Cam trabajaba el turno de mañana y Kathy Miller, la otra operadora, trabajaba de noche. Cam era uno de los pocos que quedaban de la administración previa.

Era un veterano de la guerra de Irak que mantenía la calma bajo presión y, además, tenía un conocimiento enciclopédico sobre todas las carreteras y caminos de tierra del condado. A pesar de esas cualidades impresionantes, la mejor cualidad de Cam era la cercanía. Vivía a poco más de un kilómetro de la jefatura del *sheriff*. No faltaba ni un solo día, lloviera o saliera el sol. Su silla de ruedas, una todoterreno eléctrica, podía ponerse a más de treinta kilómetros por hora. El propio Cam la había trucado con la ayuda de un video de YouTube y de unos PDF que se había bajado de internet. El hombre era de todo menos cobarde.

Por eso, la desesperación que se le notaba en la voz y emitía la radio puso a Titus de los nervios.

—Adelante, aquí Titus —dijo tras pulsar el botón para hablar.

—Titus... hay un hombre armado en el instituto. Titus, me están llegando cien llamadas por minuto. Creo... Yo... Creo... Titus, mi sobrino está allí —dijo Cam.

Sonaba raro. Titus reparó en que estaba llorando.

—Cam, llama a todas las unidades. ¡Diles que se reúnan en el instituto! —le gritó Titus al micrófono.

—Mi sobrino está allí —dijo Cam.

—¡Llama a todas las unidades! ¡Ya!

Cam gimió, pero cuando su voz volvió a oírse por la radio sonaba suave y decidida.

—Recibido jefe. Llamando a todas las unidades. Hay un hombre armado en el instituto Jefferson Davis. Repito, hay un hombre armado en el instituto Jefferson Davis.

Titus soltó la tarjeta de felicitación y fue corriendo a la puerta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Albert, mientras él salía zumbando por la puerta trasera.

Pero la única respuesta que obtuvo fue el sonido de la mosquitera al chocar con el poste, mientras el viento otoñal la atrapaba con sus frías garras.

Titus ya se había marchado.